

XXVIII Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 25, 6-10a; Filipenses 4, 12-14. 19-20; Mateo 22, 1-14

«*A todos los que encontréis, convidadlos a la boda»*

9 Octubre 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*Estoy entrenado para todo y en todo: la hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta* »

No siempre nos resulta muy fácil ser pacientes a la hora de controlarnos en el impulso natural por satisfacer nuestros deseos. Lo malo es que cuando esa satisfacción inmediata nos obsesiona, perdemos de vista la meta hacia la que caminamos y dejamos de pensar en todo lo demás que nos rodea. En medio del bosque los árboles no nos dejan ver la totalidad de nuestra vida y perdemos la perspectiva adecuada. El otro día llegó a mi poder un artículo en el que hablaban de una investigación realizada con niños de cuatro años de edad, a los que se les planteaba un sencillo dilema: «*Ahora debo marcharme y regresaré dentro de veinte minutos. Siquieres, puedes tomarte esta chocolatina, pero si esperas a que yo vuelva, te daré dos*». Walter Mischel realizó esta investigación en la Universidad de Stanford. El dilema resultó ser un auténtico desafío para los niños de esa edad. Se planteaba la lucha entre el impulso a tomarse la chocolatina y el deseo de resistirse a la tentación para lograr más adelante un objetivo mejor. Algunos consiguieron resistir con el consiguiente premio, otros no fueron capaces de evitar la tentación. Lo cierto es que la habilidad para controlar nuestros impulsos, a la que no prestamos tanta atención, resulta esencial para manejar muchas situaciones que enfrentamos en el día a día y en las que no siempre resulta oportuno actuar tal y como deseamos. Aquel estudio comparativo revelaba que, quienes en su momento superaron la prueba de la chocolatina, fueron luego, diez o doce años después, **personas mucho menos proclives a desmoralizarse, más resistentes a la frustración, más decididos y constantes y menos vulnerables**.

Pero no siempre resulta tan fácil vencer esos impulsos constantes en el alma. ¿Resistiríamos nosotros la prueba de la chocolatina? La impaciencia es fuerte en el hombre de hoy tan acostumbrado a resolver los problemas de forma inmediata. Le resulta difícil la paciencia cuando no es capaz de poner orden en el alma llena de tensiones y pasiones incontroladas. Leía hace poco: «*¡Hay tal discrepancia entre lo que hago tranquilamente y ese mundo interior mío lleno de tensiones! La naturaleza humana tiene sus propios condicionantes que llevan al hombre en una dirección y sólo Dios puede salvar al hombre de sí mismo*»¹. El hombre camina en la dirección de la satisfacción de los deseos. Caminamos casi sin darnos cuenta, sin pensar una estrategia, simplemente nos dejamos llevar. Pero nuestras pasiones no son malas en sí mismas, el problema es cuando vivimos a expensas de sus órdenes, sin control alguno, porque nos llevan a hacer lo que no queremos de verdad. Dejarnos llevar por nuestros deseos continuamente nos hace volubles y menos resistentes. Por eso nos cuesta tanto tolerar la frustración de nuestros deseos, aceptar el fracaso y el rechazo o experimentar las pérdidas. Leía el otro día: «*Hay mucha gente que vive una niñez y una adolescencia perpetua, aunque a muchos eso les fastidie*»².

¹ Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 216

² Albert Espinosa, “Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven”, 40

El P. Kentenich señalaba la importancia de ser hombres con un corazón firme, maduros, recios, hombres autoeducados. Él nos invita siempre a poner como una prioridad en nuestra vida la necesidad de autoeducarnos en las manos de María y dejar que Ella nos forme: «*El hombre de deberes, el hombre de voluntad, es algo grande. Frente a todo lo mediocre, turbulento y vacilante del hombre actual*»³. Porque vivimos en un tiempo en el que los corazones son frágiles y se dejan llevar. Por eso es tan necesario educarnos hacia lo más alto, hacia los grandes ideales: «*El sentido de nuestra educación debe ser ennoblecer nuestras pasiones. Las pasiones deben ser sublimadas*»⁴. Nuestras pasiones nos tienen que elevar a las cumbres y no dejarnos caer sin freno. **Dios y María pueden poner orden en nuestra vida interior, allí donde parece que reina el caos de las pasiones.**

Por eso miramos con tanta frecuencia a María, porque queremos que Ella forme en nosotros la imagen perfecta de Cristo. Esta semana en que hemos recordado a Nuestra Señora del Rosario, nos damos cuenta del poder de esa oración que, a través de la repetición constante de una alabanza de amor, vamos recorriendo la historia de Cristo en nosotros. María nos enseña a rezar, a hacer silencio y a dejar que la vida de Cristo se haga vida en nosotros. El otro día una persona me comentaba algo muy importante en nuestra relación con María: «*El otro día meditaba en cómo sería la oración de María viviendo con Jesús; me preguntaba si Ella haría oración a Jesús, y así encontré una respuesta que me ayudó. La oración que tenía la Virgen con Jesús, con su presencia constante, tenía lugar hablándole, pensando en Él, cuidando que Él estuviera bien; ésa es la oración que quiere Jesús que también tenga yo con Él; quiere ser mi amigo y compañero, quiere que viva con Él todo el día*». Así es nuestra oración cuando recorremos los misterios de la vida de Jesús y María en el rosario. Y esta oración se hace vida en nosotros cuando Cristo recorre con María nuestra propia vida. Los misterios luminosos, gozosos, dolorosos y gloriosos de nuestra historia. Así María va dando a luz en nosotros ese rostro luminoso de su Hijo. **Va inculcando sus deseos más profundos en nuestro propio corazón y nos asemeja a Él.**

Y es que sabemos que hay un deseo en lo profundo del alma que permanece continuamente insatisfecho: el deseo de eternidad, de plenitud y de felicidad absoluta. Algunas palabras expresan bien este pensamiento: «*Puesto que el éxito, como la felicidad, no pueden conseguirse, debe seguirse como si fuese el efecto secundario no intencionado de la dedicación personal a algo mayor que uno mismo*»⁵. Ese «*algo mayor que nosotros mismos*» es lo que nos trasciende y nos muestra que nuestra vida no se reduce al paso por esta tierra. Todos los deseos se quedan pequeños y dejan de ser importantes al lado de ese deseo más verdadero que nos hace aspirar a una vida más grande. Nuestra mayor pasión debería ser aspirar a vivir con Aquel que nos ha dado la vida y nos prepara en el camino para vivir con Él eternamente. Hay imágenes que describen muy bien este deseo del corazón. Isaías lo compara con un gran festín: «*Aquel día, el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, un festín de vinos de solera; manjares enjundiosos, vinos generosos. Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos. Aniquilará la muerte para siempre. Dios enjugará las lágrimas de todos los rostros, y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país. Aquel día se dirá: - Aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación. La mano del Señor se posará sobre este monte*». Isaías 25, 6-10. Son palabras que hablan de esperanza, de vida y plenitud. Son palabras que describen el cielo que sueña el hombre. Al escucharlas el corazón se alegra, porque no soportamos la dilación en el cumplimiento de los deseos y queremos que se haga realidad lo que soñamos y que el amor sea eterno. Es el cielo que todos anhelamos. El salmo también lo describe: «*Habitaré en la casa del Señor por años sin*

³ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, 321

⁴ H. King, J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 261

⁵ Viktor Frankl, “El hombre en busca de sentido”

termino. El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí, enfrente de mis enemigos; me ungues la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término». Sal 22, 1-3a. 3b-4. 5. 6. Se trata de un cielo eterno, sin término, donde no habrá dolor ni lágrimas. Una plenitud sin atisbo de tristezas ni pérdidas. El corazón anhela el cumplimiento de una promesa que llena el corazón de paz y esperanza. El cielo vuelve a ser hoy un tema de meditación. **¿Cómo es el cielo que soñamos? ¿Cómo es esa promesa que vive en lo más hondo del alma?**

A veces puede ser que hayamos construido un cielo demasiado lejano o ajeno a nuestra vida. Un cielo descarnado, donde todo nuestro mundo interior apasionado parece no tener lugar. Donde separamos nuestro interior en dos realidad, la realidad de la fe y de la vida. Cuando no se integra todo, el cielo pasa a ser una realidad totalmente ajena a nuestro mundo. Decía el P. Kentenich: «*Vean también cómo uno se imagina el cielo. Se lo imaginan así: cada uno tiene allí una casita para sí y eleva su mirada hacia Dios para poder mirarlo. En el cielo estamos unidos a Dios estando unos en los otros*»⁶. Al cielo llegamos con nuestros amores, con nuestra vida entregada, con nuestro corazón herido que ha amado hasta el extremo. Llegamos con nuestra humanidad llena de pasiones, con nuestro amor sincero y profundo. El cielo tiene que ver con nuestra carne, con nuestras pasiones, con nuestros deseos de plenitud. Dice el P. Kentenich que los ideales que están en nosotros nos han de llevar a lo alto: «*El ideal entraña siempre algo inalcanzable. Y eso perdura toda mi vida hasta que esté en la eternidad. Sólo se habrá alcanzado, sólo será pleno mi ser, cuando poseo la visión beatífica, la visión feliz de Dios*»⁷. Sólo en el cielo será plena nuestra vida. Pero cuando nuestro cielo es etéreo, sin sangre, queda convertido en una fiesta poco atractiva. **La imagen que usa el Señor es la del banquete, la de la fiesta, donde todo se integra.**

Pero nos cuesta la dilación de la promesa. El cielo nos parece demasiado lejano y no somos capaces de soportar la pobreza y la dureza del camino. La misma realidad de la muerte nos parece demasiado dramática y dura. No nos gusta la muerte; la «hermana muerte», decía S. Francisco. Esta semana ha fallecido Steve Jobs. Decía él al hablar sobre su enfermedad: «*Mi médico me recomendó que volviera a casa y pusiera orden en mis asuntos, lo que significa: prepárate para morir. Significa que debes decirles a tus hijos, en unos pocos meses, todo lo que planeabas decirles en diez años*». Y en su vida el hecho de pensar en la muerte le había ayudado a vivir con intensidad el presente: «*La muerte es el mejor invento de la vida. Desde los 17 años, cuando me miro al espejo, me pregunto si lo que voy a hacer hoy lo haría si fuese el último día de mi vida*». Tenemos que aprender a vivir el presente con alegría e intensidad, como si fuera el último día de nuestra vida. Pero vivir con el deseo en el alma que nos lleva a luchar por cada hora anhelando la plenitud. Con un corazón capaz de enfrentar la cruz y las dificultades. Con un corazón capaz de amar la vida en toda circunstancia como dice la segunda lectura: «*Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy entrenado para todo y en todo: la hartura y el hambre, la abundancia y la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta*». Filipenses 4, 12-14. 19-20. No es fácil vivir con hambre y privaciones. Pero nos gustaría tener un corazón capaz de entregarse siempre. Nos falta fe. Nuestra fe probada se muestra débil ante los contratiempos. La fe es creer en aquello que no vemos. Creer lo que ya vemos no puede llamarse fe. Y muchas veces nosotros creemos sólo en lo que vemos y tocamos, en la capacidad de nuestras fuerzas, en las metas que alcanzamos gracias a nuestra fuerza de voluntad. Nos falta fe. El deseo tiene que ser satisfecho de forma inmediata y la dilación nos incomoda. **Nos cuesta luchar y esperar con paciencia.**

⁶ H. King, J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 236

⁷ J. Kentenich, H. King, “En libertad ser plenamente hombres”, 269

Por eso es normal que muchos rechacen una invitación tan atrayente porque supone recorrer un camino y dejar de lado lo que les ocupa en ese momento: «En aquel tiempo, tomó Jesús la palabra y habló en parábolas a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: -El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo. Mandó criados para que avisaran a los convidados a la boda, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados, encargándoles que les dijeran: -Tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas, y todo está a punto. Venid a la boda. Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios; los demás les echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos». Los hombres estaban ocupados en sus cosas y no tenían tiempo. A veces nos pasa a nosotros lo mismo. No tenemos tiempo para lo gratuito, para perder el tiempo con las personas a las que queremos, para hablar de cualquier cosa, para disfrutar el amor que se nos regala. Vivimos ocupados, corriendo para llegar a todo, con la agenda llena, aprovechando el tiempo porque vale oro. Por eso nos negamos a participar en el banquete. Construimos nuestro propio cielo, creamos nuestra propia fiesta. Y el cielo lejano no nos atrae demasiado, porque exige dejar de lado nuestras ocupaciones. Nos hablan del cielo, de una promesa de plenitud, de una satisfacción para siempre del deseo más profundo del alma. Y nosotros queremos todo aquí y ahora. La vida nos atrae demasiado y el momento nos consume. El mundo se nos pega a la piel. Nos encadena sutilmente con su exigencia constante. El tiempo es poco y no podemos compartirlo con un Dios que sólo promete el cielo. No tenemos ganas de caminar. **No queremos desaprovechar la vida.**

Es verdad que sí creemos en el cielo y lo repetimos cada día, sin embargo, vivimos como si no nos atrajera demasiado. Decía Benedicto XVI hace unos días en Alemania: «Los agnósticos que no encuentran paz por la cuestión de Dios y las personas que sufren a causa de sus pecados y tienen deseo de un corazón puro, están más cercanos al Reino de Dios que los fieles rutinarios, que ya solamente ven en la Iglesia el boato, sin que su corazón quede tocado por la fe». Puede ocurrir que vivamos como cristianos rutinarios, domesticados, dóciles pero sin pasión, tapando el deseo más profundo del alma. Nos acostumbramos a nuestra vida acomodada y religiosa en la que la conversión no nos parece necesaria. Ya nos sentimos salvados. Creemos que hemos alcanzado las metas que el corazón anhela. Tal vez estamos sumidos en la rutina sin darnos cuenta, en la mediocridad de una vida sin luz. Leía: «Poca es la gente que no claudica a vivir de forma mediocre»⁸. Y nosotros, ¿acaso no claudicamos cuando nos conformamos? ¿Creemos que tenemos todo claro y resuelto en nuestro caminar? Es como si no necesitáramos el banquete prometido. «El cielo puede esperar», pensamos. No nos atrae el cielo de Dios. Y deberíamos verlo como un aliciente para la lucha. No es una ocasión para justificar los sufrimientos del presente, sino la promesa de plenitud de la belleza que percibimos torpemente. **Ha de ser el reclamo que nos saque de nuestra pereza para dar la vida, para amar más, para luchar sin descanso.**

Ante el rechazo de los convidados, la reacción del rey es muy clara, busca a los pobres: «El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados: -La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales». Es como si Dios se cansara de nuestra dejadez y desidia y buscara otros corazones más abiertos. A los tibios los expulsa de su boca y busca a los que buscan, a los que tienen ansia de plenitud, a los que no se acomodan, a los que están en camino. A los pobres y olvidados, a los que parecen vivir sin esperanza, a los que buscan respuestas casi sin encontrarlas. Como decía el Papa, aquellos que buscan a Dios en la oscuridad de su agnosticismo, aquellos que son unos infatigables buscadores, esos son los llamados. **El amor de Dios no se cansa y les tiende una mano de esperanza.**

⁸ Albert Espinosa, "Si tú me dices ven lo dejo todo...pero dime ven", 148

Pero no todos los que llegan al banquete saben bien lo que significa estar allí: «Cuando el rey entró a saludar a los comensales, reparó en uno que no llevaba traje de fiesta y le dijo: - Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin vestirte de fiesta? El otro no abrió la boca. Entonces el rey dijo a los camareros: -Atadlo de pies y manos y arrojadlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes» Mateo 22, 1-14. La conversión es importante para llegar al encuentro de Dios. Decía Benedicto XVI en Alemania: «A la beata Madre Teresa le preguntaron una vez cuál sería, según ella, lo primero que se debería cambiar en la Iglesia. Su respuesta fue: usted y yo». Si no estamos dispuestos a cambiar, si creemos que no hay nada que mejorar en nuestra vida, significa que estamos muy confundidos. La confesión es el camino para comenzar siempre de nuevo. Leía hace poco: «El ser humano necesita la confesión como un acto de confianza. Por supuesto, el hombre no puede ocultar nada a Dios, pero si no se confiesa, si intenta ocultar algo, los pecados cometidos lo alejan de Dios; el pecado confesado le une a Dios. Es la única manera que tiene de acercarse a Dios, mostrándose a sí mismo»⁹. No basta con llegar al banquete, necesitamos hacerlo con el corazón limpio. La confesión no es sólo la oportunidad para que nuestras caídas sean perdonadas. Es la gran oportunidad para iniciar un camino nuevo. El hombre de hoy anhela una verdad que sostenga su vida, pero no es capaz de enfrentarse a su verdad con sus límites. ¡Cuánto cuesta aceptar las propias caídas! Pero también puede ocurrir que el corazón se acabe secando y no sea capaz de profundizar en su verdad última. Entonces todo se antoja relativo y las cosas no parecen importantes. Buscando lo más auténtico, el hombre puede acabar escondiéndose detrás de máscaras. **Queriendo ser veraz, puede vivir con medias verdades y mentiras sobre las que construye su vida. Mirar nuestro interior con seriedad es el camino.**

Una frase me ha dado vueltas estos días: «Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos». Al pensar en la misericordia de Dios uno ve el cielo abierto de par en par. Creemos en la misericordia de Dios, en su corazón grande que acoge a todos. Pienso en esa misericordia que esperamos al pensar en nosotros y en nuestros seres queridos. Todos quisiéramos encontrarnos un día en ese banquete sin fin en el que poder enjugar las lágrimas para siempre. Creemos en la misericordia de Dios y también creemos en la fuerza de nuestro amor y nuestra entrega. Pero nos empeñamos en juntar méritos. Una persona me comentaba: «De pequeño me metieron en la cabeza que si un día pecaba gravemente ya nada de lo que hiciera a partir de ese día valdría nada a los ojos de Dios hasta que me confesara de nuevo. Esa carga me atenazaba». Así vivimos muchas veces. Caminamos bajo una pesada carga. Si lo hacemos todo bien nos sentimos dignos de participar en el banquete. Incluso pensamos en la alegría de Dios cuando nos vea entrar para ocupar los primeros puestos. **Ya no pensamos en la misericordia, sino en el pago de lo que nos corresponde.**

Sin embargo, estamos hablando de una invitación al banquete. Dios nos promete el cielo como un don, no como pago por nuestros méritos. Es la gracia de un Dios que se da respetando la libertad del hombre. No nos violenta, respeta nuestra negativa y se hace presente en una invitación a los que no tienen derechos, a los que no han hecho méritos para estar en la fiesta. Ver el cielo como don nos alegra el alma. Santa Teresita del Niño Jesús, que se sentía muy pequeña para seguir el camino empinado de los grandes santos, decía: «Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección. ¡El ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más». Nos sentimos hoy como Santa Teresita, pequeños, pecadores, pobres e indignos. Y necesitamos un ascensor, las manos de Cristo, para llegar a la santidad. **Él nos toma en sus brazos y recorre el camino con nosotros.**

⁹ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 222